

Por esta razón cronométrica, no tiene importancia lo sucedido anteayer.

„Hay más puntos de vista para defender á este torero. Por hoy son suficientes los expuestos. Los restantes se irán desenvolviendo conforme le vayan echando toros al corral“.

Al día siguiente hacia el *Gallo* LA FAENA ÚNICA.

## IX

## !!! Ey, Carballeira!!!

Pero, ¿cómo fué aquello?

¿Y quién es capaz de describirlo? ¿Se puede alguna vez describir, hay alguien que sepa describir una faena del *Gallo*?

—¿Ha visto usted — me decía, en una ocasión de éstas, cierto buen aficionado — que cuando el *Gallo* hace una gran faena de las suyas no hay modo de saber cómo fué? “Hizo una faena magistral”, escribe uno de ustedes. “Dió una serie de pases artísticos, emocionantes”, pone otro. “Aquello fué indescriptible”, dice el de más allá... Y si somos los aficionados, no nos saque usted de “¡Oh!”, “¡Ah!”, “¡Colosal!”, “¡Maravilloso!”, “¡Estupendo!”, “¡Una faena del *Gallo*!” ...

Cierto; pero aunque se pudiesen enumerar, como alguna vez han hecho los revisteros detallistas, atentos al número y ciegos para el arte, todos los pases de una de estas faenas, hasta los que no tienen clasificación conocida por ser invención del momento, genialidad del artista, ¿tendríamos con ello la descripción exacta, ó siquiera noticia aproximada de la labor del que *Don Modesto—Don Modesto* que fué el primero que me salió al paso cuando yo definí á *Gallito "el torero artista"*—llamó al día siguiente de esta inolvidable efemérides taurina, "EL GRAN ARTISTA DEL TOREO"?

Hubo aquella tarde un revistero que tuvo la frialdad de contar y clasificar uno por uno todos los pases de esta faena nunca igualada ni vista, de la que, mientras haya toros hablarán con entusiasmo los aficionados, y que los gallistas comentaremos en la mismísima gloria, á donde iremos á parar derechitos en gracia á lo que nos han hecho sufrir muchas tardes en los toros... Pero, ¿qué se saca con decir con el aludido revistero que Rafael comenzó su trabajo con un magnífico cambio, continuó con un pase alto, otro ayudado por bajo, un natural estupendo, sencillamente el mejor pase natural que se había visto... hasta que *Gallito* dió otro en la misma faena, á continuación del ayudado

que siguió á aquél; dos molinetes divinos y tres naturales cambiándose la muleta por la espada, todos administrados cerquísima y con la izquierda?....

Mas, ¿y la gracia, y la gentileza, y el garbo, y la elegancia, y la gitanería, y el clasicismo, y el arte con que todo ello fué ejecutado?

¿Qué pluma pinturera, entusiasta é impresionable es capaz de describirlo?

¿Dónde se encontrarán adjetivos con toda la enorme fuerza de expresión necesaria para elogiar esta labor emocionante, inspirada, genial... ÚNICA?

*¡Quid divinum!...*

Cuando aquella tarde, en la estación del Mediodía, los toreros y aficionados que fueron á despedir á *Guerrita*, que después de pasar un par de días en Madrid se volvía á su tranquilidad de Córdoba, quisieron referirle, todavía emocionados, la colosal faena que acababa de ejecutar *el torero artista*, "*el gran artista del toreo*" entre el asombro de 13.013 espectadores que declararon, ebrios de admiración y de entusiasmo, no haber visto nunca cosa semejante, *Guerrita* les atajó diciéndoles:

—No me contéis ná porque yo sé muy bien quién es ese torero y de lo que es capaz... Otro como ese no lo ha parío madre.

De la calidad de la faena sólo da idea la actitud del público que, silencioso y suspenso, como si, adivinando la grandeza de lo que allí iba á ocurrir se sintiese ya dominado por ella, vió al *Gallo* marchar paso á paso hacia el toro con la muleta plegada en la mano izquierda y alegrándole á cada *andá*, y luego gritaba, rugía, saludaba con alaridos de asombro cada pase, cada movimiento del artista, quién, mientras la multitud inquieta, deslumbrada, maravillada, agitábase, presa de la más viva emoción, reposado, sereno, estatuario, dominador de la fiera y del público, era el único que permanecía libre de la emoción general, metido sólo en su obra, recreándose en ella, toreando para él, maravillándonos cada vez más con nuevas irradiaciones de su arte, de su inspiración soberana, de su genio, en fin.

*¡¡Quid divinum!!*

Ningún espectador pudo permanecer quieto en su sitio.

—En treinta años que hace que vengo á los toros no había aplaudido ni gritado nunca—me dijo un viejo aficionado al salir—... y hoy, salgo ronco.

Los toreros que estaban en la plaza permanecían inmóviles de admiración. Aquello era la revelación de los grandes secretos del toreo

hasta entonces no sospechados. Los del callejón aplaudían y gritaban, como los espectadores del graderío; algunos lloraron; y el público, ebrio de júbilo y de entusiasmo, aclamaba frenético al *Gallo* como el más grande, el más genial, el más asombroso artista del toreo.

Cayó muerto de una soberana estocada el toro *Jerezano*, de Aleas, al que antes había dado Rafael un monumental pinchazo recibiendo, y la plaza, unánime, pidió para el egregio artista la oreja del toro, que fué concedida, mas nadie se cuidó de cortarla. ¿Para qué? Cualquier premio por grande que fuese era pequeño para aquello.

Se acabó la corrida; unos cuantos entusiastas que se arrojaron al ruedo se llevaron en hombros á Rafael, dispuestos á conducirlo así hasta su casa como en otra memorable ocasión habían hecho con él en Sevilla.—“No s'apure osté, *Don Pío*, que otro día me traerán en hombros hasta la fonda”—y el público todo permaneció en pie en los tendidos, en las gradas y en los palcos aplaudiendo y vitoreando á *Gallito*, que ya no estaba en la plaza; aplausos y vitores que luego se repitieron por todo el larguísimo trayecto hasta el hotel de Roma donde se hospedaba el torero.

Aquí gozó Rafael de una segunda y significativa apoteosis recibiendo el homenaje de admiración que acudieron á rendirle los que más ruda y sistemáticamente le habían combatido y negado... y continúan negándole.

¡Pobriños!

Cuando más gente había en el cuarto de Rafael, rompió por entre los grupos y se acercó al torero un señor que allí nadie conocía y que resultó luego ser una de las más estimadas ilustraciones del Cuerpo de Ingenieros de Caminos.

—Yo soy—le dijo al *Gallo* entregándole una caja de magníficas “águilas”—un aficionado antiguo que vengo á decirle que nunca había visto hacer á nadie lo que usted ha hecho esta tarde... ¿Quiere usted, *Lagartijo*, Fernando el *Gallo* y Rafael *Gallito*, fumarse estos cigarros á mi salud en gracia al rato inolvidable que me ha hecho pasar?

—Yo ahora no fumo, porque tengo hecha una promesa de no fumar en tres años—nos dijo el *Gallo* cuando se fué su admirador—; pero en cuanto se cumplan, los primeros cigarros que ví á fumar van á ser éstos... y no le voy á dar ninguno á nadie.

Por la noche, cuando el café de Fornos “jer-  
via” con los aplausos á Rafael, y todo eran plá-

comes y felicitaciones en el Congresillo, acercóse al *Gallo* un torerillo, le cogió las manos, y después de estrechárselas, se las besó y le dijo:

—Ahora yo tengo que torear bien por fuerza, porque te he tocao las manos...

—¡Oh!—dijo comentando esta faena un inglés que pasa grandes temporadas en España y es un entusiasta de nuestra fiesta y nuestras cosas.—*Gallito* no ser un torero. *Gallito* ser un hipnotizador de toros.

Aquella noche me hizo Rafael un magnífico presente, el único que de él he recibido. Me regaló la muleta con que había escrito la página más brillante del toreo, y yo, que no soy aficionado á coleccionar objetos taurinos, que, cuando me borré de la afición y dejé mi abono del 8 en pleno apogeo bombístico, imitando la conducta de numerosos aficionados en vista de lo mucho que nos divertíamos en los toros, regalé las dos únicas reliquias toreras que conservaba: una banderilla de *Lagartijo* y otra de *Guerrita*, recibí con agrado, y hasta si queréis conmovido, el regalo de *Gallito*; porque aquella muleta era la bandera de la causa durante tanto tiempo y con tanto ardimiento por mí defendida, que desde aquella tarde, clavada en lo más alto de la torre del homenaje del

castillo que parecía inexpugnable, acabado de conquistar, ondeaba orgullosa al viento proclamando nuestra victoria.

La victoria de la verdad.

La derrota de la injusticia.

## X

**La semana trágica.**

—Y desde entonces—oigo decir al lector poco enterado—cesó la persecución contra *Gallito*.

—Pues ahí verá usted, amigo mío. Desde entonces precisamente arreció la persecución contra *Gallito*.

—Lógica —que diría el personaje de *El amor que pasa*.

Eran los últimos combates de esta guerra larga y á ratos cruel, y los que se creyeron invencibles y se veían derrotados peleaban á la desesperada, no sólo por el fuero, sino también por el huevo que veían cascado, porque todo se había perdido, y al dolor del vencimiento agregábase el temor, muy fundado, de

no poder repetir al término de la lucha las orgullosas palabras de Francisco I.

Y, por lo mismo que de ahora en adelante—desengañado y aleccionado el público, que ya sabía á qué atenerse, respecto al papeleo, al telegrameo y á los alborotos —luchábase sin las antiguas ventajas, que eran la mitad anticipada de la victoria, los antigallistas, soberbios y ciegos como nunca, pelearon con mala táctica y deplorable falta de habilidad.

No era toda la culpa de ellos, sino de quien creyendo que todos los días son iguales, empeñábase en fiar la victoria á la fuerza de unas armas inútiles ya, ignorante de que en el estado en que se encontraban las cosas no había más arma posible que el toro, el toro y el toro.

Por algo nosotros, en todo el curso de esta lucha, repetíamos, como resumen y compendio de nuestros alegatos en favor de la verdad, aquel “¡¡Al toro, al toro!!” que crispaba los nervios á los antigallistas.

Porque así estábamos seguros de nuestro triunfo; porque el toro es el único revisor “autorizado” de los valores toreros; porque con el toro delante sólo cambia la onza el que la tiene... Y *Gallito* era la reluciente pelucona española, mientras que *Bombita* no pasaba de

ser un duro dorado á fuego de estereotipia, al que se le cayó el brillo con los baños que le dió el *Gallo*.

En opinión de algunos de sus amigos buenos y desinteresados, *Bombita* debió de cortarse la coleta al siguiente día de haber obtenido en Madrid la oreja con que, según el testimonio irrecusable del más autorizado de sus defensores, el público premió no la excelsitud de una faena, inferior á otras muchas del mismo torero, sino su historia y sus desgracias.

Hubiera sido este un bello y gallardo final de historia; mas una disculpable vanidad, ó acaso una mano justiciera, empeñó á *Bombita* en una lucha imposible, y fué vencido en ella, no de un solo golpe, para que nadie pudiera atribuir el suceso á un movimiento ciego de la inconsciente casualidad ó á un gesto caprichoso de la veleidosa fortuna, sino por una serie de estocadas maestras, como verá el que leyere, si tiene paciencia para llegar hasta la última página de este libro, portfolio de verdades.

Parecía lógico que un torero de tanto pun-donor, de tantos recursos, de tan acreditado valor, de tan inconmensurable arte, de la superioridad del *Bombita* que pintaban sus partidarios, al día siguiente del triunfo y apoteosis gallista del 15 de Mayo, aprovechase la ocasión

de jugarse una corrida de los pastueños toros de los Herederos de D. Vicente Martínez, ya que no para borrar *aquello*, porque *AQUELLO* ni aun poniéndose á prueba con Roldán podía nadie moverlo, por lo menos para levantar el ánimo de sus partidarios mostrándose el *Bombita* que contaban y cantaban las lacrimosas *crónicas de la ausencia*, que escribiera incansable la galana y valerosa pluma de *Don Modesto*.

Pero con el toro delante, aun siendo *Bombita* quien era, y aunque fuese todo lo que se figuraban ó decían sus incondicionales, no había lucha posible con *Gallito*, y el recuerdo de la faena magna de la vispera pesaba tanto que, aun estando Rafael aquella tarde todo lo frío que se mostró para que los demás pudiesen arrimar su pucherete á la lumbre, los aficionados cándidos, que fuimos á la plaza con la esperanza de presenciar un episodio en vivo de la lucha, hasta entonces mantenida, en la cómoda y segura liza de la letra de molde, los chillidos de los corrillos y las hipérboles hiperbóreas de los telegramas, salimos del establecimiento de Mosquera completamente desencantados.

—Es que los toros de Martínez fueron mansos—dirá algún aficionado de la clase de inocentes.

Pero si precisamente los toros mansos eran los de los triunfos de este torero singular, que tenía la especialidad de cambiar á su deseo la condición de los toros, haciendo bravos á los mansos... y mansos á los bravos á fuerza de apurarlos y apurarlos con la muleta, después del apuro de consideración de sus habilidosos, fuertes y apretantes picadores.

Ya que no pudo ser con los toros de Martínez, por razón de la poca bravura que se trajeron éstos, los aficionados esperaban el desquite con los miuras bravos del día siguiente.

Mas ¡ay! los miureños de aquella memorable tarde del 17 de Mayo de 1912 que dió nombre, á la que los aficionados llamaron "la semana trágica", aludiendo no á las lamentables desgracias que ocasionaron los toros de don Eduardo, sino á la derrota sufrida por el bombismo en aquella "feria", invención del maquiavélico Retana, que, á falta de mejores festejos organizados por el Ayuntamiento ó el Comercio de Madrid, solemnizó así la fiesta de nuestro Santo Patrón, los miureños de este día, digo, fueron unos señores toros, unos pavorosos toros. Toros de veras, vamos.

"¡¡Toros!! ¡¡Toros!!", tituló jubiloso, incautamente, su revista uno de los más decididos é inhábiles revisteros bombistas, á cuyo texto nos

acogemos como á irrecusable artículo de fe ó axioma matemático.

“¡Así, así!” comentó el tal, la salida de los dos primeros hermosos ejemplares que envió aquella tarde D. Eduardo.

“Más plácemes, Sr. Miura. ¡Así, así!” escribió entusiasmado al presentarse el tercero. El cuarto le arrancó un entusiasta “¡Olé, Miura!”

Y la salida del sexto, *Gorrioncito*, el de la doble desgracia de *Bombita*, doble porque no pudo con él, y porque tuvo la mala suerte de lastimarse un pie en una de las innumerables carreras que dió huyendo del toro al herirle, sugirió al revistero aludido este expresivo y profético comentario, más elocuente que cuanto pudiera decir el más apasionado impugnador de *Bombita*:

“¡Estos son toros! ¡Así vamos á ver lo que es verdad! ¡Bravo, Sr. Miura!”

Y vimos la verdad, que ya sabíamos. *Bombita*, descompuesto y obcecado, pincha una, dos, tres, qué sé yo cuantas veces; el pánico se apodera de la cuadrilla; el miura se hace dueño del redondel; *Bombita* es conducido á la enfermería, lesionado en un pie, cuando está para expirar el minuto fatal, y *Gallito*, que antes había aconsejado á *Bombita* el empleo de la media vuelta, como único modo de meterle

mano al toro, acaba con el pavoroso miureño de dos *metidos* en esta forma, que indignaron al imparcial revistero de nuestra historia, quien, sin duda, creía que después de los minutos empleados por *Bombita* en la mechadura de *Gorrioncito*, el *Gallo* estaba obligado á entrarle á volapié neto, despacio, recreándose y mirando al morrillo.

Nuestro hombre sintetizó en estas sutiles ironías el juicio que le merecieron estos sucesos, escribiendo mientras arrastraban á *Gorrioncito*, estos vítores definitivos:

“¡Viva el miedo! ¡Viva la fiesta del valor! ¡Viva *Gallito*! ¡Viva Miura!”

¡El Miura del “¡Así, así!”, “¡Plácemes!” y “¡Ahora vamos á ver la verdad!..”

—Lógica.

La pasión, esa pasión que ha dirigido constantemente los equivocados pasos del bombismo, atribuyó la derrota de su ídolo á mil causas inverosímiles, porque no se quería reconocer la verdadera, y llegó hasta á decirse que Miura había preparado esta corrida para quitar la cabeza á *Bombita*, en venganza del *boycot* que quiso hacer á sus toros, olvidándose los inventores del absurdo de que aquella tarde torearían con el de Tomares tres toreros, que entre los tres reunían más probabilidades de que

les tocasen los toros malos, agrestes y amaestrados destinados á *Bombita*, y que uno de esos toreros era un tan querido amigo de don Eduardo como el *Gallo*.

Tan grandes, tan de Miura y con tanto poder y bravura como los que correspondieron á *Bombita* fueron los toros que le tocaron por sorteo á *Gallito*, y sin embargo Rafael estuvo aquella tarde torerísimo, valiente y activo. Puede decirse que desde que el segundo toro cogió á Vicente Pastor, sin duda para que *Bombita* tuviese que matar el sexto, que era el que traía el encargo de quitar moños, se apoderó de la gente el desasosiego, y el único que conservó la serenidad fué el *Gallo*, á quien se le vió quitar por largas muchas veces, acudir activa y oportunamente á todo, banderillar y permitirse adornos y alegrías que devolvieron el ánimo á quienes lo habían perdido en aquella consternación general. Síntesis de la actuación de Rafael esta tarde fué aquel momento de pánico general, en que una arrancada descompuerta del octavo toro hizo salir á toda la gente disparada hacia la barrera y zambullirse de cabeza en el callejón, mientras Rafael, que se había quedado solito en los medios, tendía hacia el toro su mágico capote, y paraba el viaje con una salerosa larga afarolada, que

obligó al mozallón de don Eduardo á detenerse para unir su aplauso á los del público, y exclamar con unos bombistas de buena fe del tendido 2, admirados de la gitanería del *Gallo*:

—¡Qué tío!

La gente, que muchas veces al ver huir de pronto al *Gallo* y arrimarse á renglón seguido más que el que más se ciña, porque tanto como el *Gallo* no se ha apretado nunca ningún torero, se preguntaba, sin acertar con la razón de estas contradicciones:

—¿Es miedo? ¿Genialidades?

Ni lo uno ni lo otro.

La tarde pavorosa del 17 de Mayo, el público imparcial, que había venido estudiando á *Gallito*, que acababa de comprender la grandeza de *Gallito* en las faenas del 2 y del 15 de Mayo, vió clara la solución del problema gallista que deseaba resolver:

—El *Gallo* "salió de pronto de naja".

—¡Ya está huyendo! ¡Á ver, arrimarle la barrera para que llegue antes y se tire más pronto de cabezal!

Pero de repente se para *Gallito* en mitad de su carrera, y da un pase de pecho, tan monumental, que el público se pone en pie y prurumpe en un frenético "¡olé!"

Luego no era miedo lo que le hacía huir.

Poco después el caso se repite. El *Gallo* se entablara y se mete en un burladero. É inmediatamente sale, se va al toro y le hace una faena ceñidísima.

— Pues ya sabemos lo que es esto—se dijo al fin la gente.—Que este hombre no tiene piernas, y como por esa falta de facultades no puede reponerse cuando los toros le acosan ó les pierde la cara, hace lo que, de igual modo que en esgrima, podríamos llamar romper, para reponerse y volver en seguida á su terreno tan valiente como antes.

Bien claro lo ha demostrado este año.

—¿Han visto ustedes? decían los aficionados. Este año no da “espantás” el *Gallo*.

—Y se arrima más que nunca.

—Y más que nadie.

¡Claro! Como que un invierno de asiduos cuidados y tranquilidad le ha devuelto la salud y las fuerzas que le faltaban.

Pero no vayan ustedes á creer que el incansable y desacreditado antigallismo se ha dado por vencido. Antes ha buscado una explicación que despoja de su mérito la valentía de *Gallito*.

Y ha dado con ella.

— El *Gallo* se arrima—dicen—porque sabe que arimándose, los toros no hacen daño.

Famosa receta para torear, si no fuese porque á la hora de ir al toro las piernas pesan tanto, tanto, que cuesta mucho, mucho trabajo tirar de ellas.

Lo mismo decían del *Espartero* sus detractores:

—Se arrima tanto, porque en ese terreno los toros no cogen, y si cogen, no lastiman.

Y para probarlo un teórico ingenioso, impresionó el disco de “la bofetada” que tanta boga tuvo en aquellos tiempos.

—Yo quiero pegarle á usted una bofetada; pero como usted está pegadito á mí, pues la mano no puede tomar vuelo y no le lastimo á usted, pero distánciese usted...

Hasta que vino *Perdigón*, y ahora el Moreno Santa María de Algeciras, y el ladrón de Barcelona y se concluyeron las teorías.

La semana trágica trajo una mudanza de consideración en los partidos taurinos.

Ya no hubo bombismo; se acabó el bombismo. De ahora en adelante fué antigallismo. El triunfo del *Gallo* había sido la derrota de muchas infalibilidades de doublé y cartón piedra, y los que se veían obligados en consecuencia á callar declarándose vencidos, se resistieron á ello.

Lo de menos era ya el maltrecho *Bombita*;

lo importante era que el *Gallo* los había derrotado á todos.

Á *Bombita*, demostrándole, la enorme distancia que hay entre la delicadísima orfebrería gallista y el trabajo mecánico de la obrerada; entre Sauer ó Liszt y uno de esos pianos mecánicos que amenizan ahora las veladas de los tupis; entre Velázquez y la fotografía en colores; y á los que se las daban de aficionados entendidos y presumían de árbitros de la afición, no obstante ignorar su existencia la mayoría de ésta, porque había puesto al descubierto su ignorancia de estas cosas, á tal punto supina, que no supieron ver á través del cristal clarísimo del arte del *Gallo*.

Deslindáronse los campos. De un lado los aficionados imparciales, gallistas ó no, que aplaudían lo bueno que veían; de otro, la pasión, la letra de molde, las rotativas y las máquinas planas peleando con su falta de razón contra la evidencia.

De nada servía, ni nada significaba el voto unánime de la plaza. Ellos eran los listos, los enterados, y el público un imbécil que se atrevía á opinar sin su permiso, y al que acusaron de tener el gusto estragado y de haber perdido la afición á los toros, dislocándose por los espectáculos de circo.

Gracias á que allí estaban ellos, para poner los puntos donde hiciese falta, aunque fuese sobre las *eges*, como decía D. José Mesejo, con su ciencia, esa ciencia absoluta que habían adquirido en muchos años de sentarse en la plaza, porque ahora resulta que en esto de entender de toros la antigüedad es un grado y la ancianidad dos.

Y la localidad tres. ¿Por qué no?

“¡Señores—escribió uno de estos sabios la tarde que le dieron la primera oreja al *Gallo*—nos estamos poniendo en el más espantoso de los ridículos!”

Y sus lectores opinaron que sí; que tenía razón.